

número escaso y de mala gana; los funcionarios y empleados faltaban porque se habían suprimido sus plazas por razón de economía; los trajes de la servidumbre estaban raídos y con aspecto miserable... Vamos, hasta los ornamentos que vestían los clérigos eran menos lujosos y se había humillado mucho el estilo en lo de luces, ciriales, blandones, palios, frontales y orquesta.

También en mi alma ¡qué cambio! Dos años antes reía mi corazón como el día húmedo y claro que nos alegraba con su sol; ahora estaba triste y llena de dolor como el cielo encapotado y nebuloso que goteaba lágrimas de pena al mirar tantos y tamaños infortunios, tantas desilusiones, tanto luto en perspectiva...



## CAPÍTULO III

¡Loca!

LA historia ha contado con todos sus perfiles la despedida de la Emperatriz; no hay para qué repetir esas cosas que yo no presencié, porque cabalmente al concluir la fiesta tuve que ir á Chapultepec á hacer mis maletas.

El nueve de Julio partimos para Europa; oímos misa en la Villa de Guadalupe á eso de las cuatro de la madrugada; el Emperador nos acompañó hasta Río Frío y allí se despidió de nosotros con cortesía y encareciéndonos mucho el cuidado de la señora; de ésta con muchos extremos de amor y suplicándole le hiciera saber nuevas de su persona tan pronto como llegara al viejo mundo.

Cuando vimos desaparecer entre los pinares la polvareda dorada que levantaba el séquito del Emperador, cuando nuestros coches se internaron en aquel añejo y fa-

tigoso camino que yo podía haber recorrido con los ojos cerrados, la Emperatriz empezó á mirar el panorama por la ventanilla y me ordenó llamar al coronel Billot, jefe de la escolta.

— Quiero, le dijo, conocer el lugar en que fueron asaltados mis pobres compatriotas.



El coronel tomó informes con sus oficiales, éstos hicieron inquisiciones con sus soldados, y al fin resultó que un zuavo conocía el punto en que había acontecido el trance. Lo refirió con sus pelos y señales, y la Emperatriz se mostró complacida con el narrador y con el relato.

— ¿De modo que se defendieron valientemente?

— ¡Oh, Majestad, con gran valor!

— ¿Y cuántos eran los asaltantes?

— Diez, Majestad.

— ¡Y que diez bribones parapetados en estos riscos pongan en conmoción á dos imperios! ¡Cómo desearía que se les cogiera, que se les ajusticiara, que se les atormentara!...

— Ya se les persigue, señora, observó Billot.

— Se les persigue, se les persigue... Pero ¿por qué no se les coge? Sólo á los franceses les pasan estas cosas: que se les escape media docena de bellacos que no tienen más amparo que la complicidad de los rancheros... Ya no son los zuavos los viejos pantalones rojos que formaban el más bello recuerdo de mi infancia; ya no son estas banderas flamantes con que os ha dotado Napoleón, las viejas banderas agujereadas que mis tíos guiaron en Africa y que el primer Napoleón paseó por toda Europa... Ya no sois franceses...

Roland estaba como anonadado y se limitaba á contestar «Señora», «Señora» y más «Señora» á cada una de aquellas durísimas imprecaciones.

La Emperatriz permaneció un rato más como abstraída, como meditabunda; luego subió al carruaje y seguimos nuestro camino. A Puebla llegamos á las siete de la noche. Se sabía ya todo lo tocante á nuestro viaje; pero aparte de las demostraciones oficiales y del enfadoso y ridículo besamanos, que es de rigor, la Emperatriz no tuvo ninguna

de las ruidosas manifestaciones á que nos tenía acostumbrada aquella ciudad clerical é imperialista.

— ¡Qué diferencia, declaró Carlota con amargura, entre esta recepción oficial, tiesa y ceremoniosa, y la recepción fastuosa, rica y entusiasta de otros tiempos! ¡Qué Corpus aquel! ¡Qué derroche de lujo y de alegría y de cariño! ¡Qué coleaderos, qué fiestas de toros, qué días de campo! Parecían locos los poblanos, ¡locos de adhesión por sus reyes, por sus señores naturales, por los que venían á redimirles de la anarquía! ¿Se acuerda usted, señora Gutiérrez, de aquellos lazos de Feliciano Rodríguez, de aquel sostener el toro con las manos de Paulino Lamadrid, de aquella gallardía con que Miguel Cervantes montaba á caballo? ¿Qué se hizo de todo eso?... Se volvió ingratitud y olvido y mala voluntad... ¡Qué lección para los redentores de pueblos! ¡qué reproche para los que á la entrada nos tendieron palmas y mantos, y ahora gritan como los judíos: «Crucifícale, crucifícale!...»

Nunca habíamos visto tan parlanchina á la Emperatriz. Ella que guardaba tan bien las formas, que nunca se abajaba á discutir, ni á espontanearse, ni á comentar las cosas, estaba como si le hubieran abierto la espita que cerrara el paso al líquido hirviente que bullía en su interior. Y como si el líquido represado hubiera fermentado con la larga permanencia en el receptáculo, brotaba violento, á borbotones, corrompido y lleno de acedía. La señora

Gutiérrez, no sé si por exaltación ó por inocencia y desconocimiento de su papel, se atrevió á contradecir á la soberana.

— ¡Ah, señora, es verdad! exclamó; pero también eran otras las circunstancias... ¿Qué culpa tienen los poblanos de que Vuestras Majestades hayan determinado separarse de sus amigos y buscar á sus enemigos?

— ¿Qué dice usted? ¿Buscar á nuestros enemigos? ¡Si sólo enemigos tenemos aquí; si los traidores nos rodean, nos asedian, nos oprimen y nos sofocan!... No somos nada ante esta avalancha que se nos desploma, que nos destroza y que nos mata... ¡Buenos están nuestros amigos! Los cangrejos, los pelucas viejas, los mochos nos odian con todas sus fuerzas... ¡Malditos sean!

Temprano nos recogimos, pues tenía que ser larga la jornada del día siguiente. Apenas habrían sonado las doce cuando oímos que tocaba á nuestras puertas Ignacio, uno de los criados que había llevado Su Majestad. Nos levantamos violentamente y encontramos á la Emperatriz ya vestida.

— Hola, hola, nos dijo, ¿conque ya se levantaron ustedes? Hay que ir á ver al prefecto... Le debo visita y... (atándose las bridas del sombrero) es necesario... (poniéndose el abrigo) pagársela... Vámonos allá.

Estaban solitarias las calles de Puebla. Uno que otro trasnochador y uno que otro sereno eran los únicos que

Estaban solitarias las calles de Puebla. Uno que otro trasnochador y uno que otro sereno...



veían pasar con asombro á aquel cortejo de militares y de señoras, que marchaba á pie apresuradamente y como queriendo llegar á una cita urgente. Todo el mundo dormía en casa del prefecto; los primeros golpes que dió con el pesado aldabón de hierro el conde del Valle, mi señor, apenas fueron contestados por el chorrillo monótono y tristón de una fuentecilla que desgarraba su canción tenaz y uniforme á toda hora. A poco se oyó la voz de un adormilado jayán que lanzaba entre sueños el «¿Quién es?» de rigor.

Cuando supieron que quien tocaba era la Emperatriz, hubo gran rumor de trastos, trotar de gentes en el empedrado, bajar y subir de escaleras, y al fin se abrió la puerta apareciendo el guapo señor Esteva con la sorpresa pintada en el semblante; detrás de él venían su mujer y sus cuñadas, y más lejos los criados formaban una fila compacta armados de sendos y gordos cirios de muchas libras.

La Emperatriz y el señor Esteva entraron á un cuarto que á cuenta sería el despacho del magistrado; la señora de la casa y nosotros nos entretuvimos picoteando sobre diversos asuntos hasta que, ya cerca la madrugada, salimos de allí para subir á los coches que nos habían traído de México y que tenían que llevarnos á Veracruz.

El día once llegamos á Orizaba y el doce salimos para Córdoba y Paso del Macho. ¡Qué horrible jornada! Llo-

vía á cántaros; las nubes parecían desgajarse y que su contenido iba á subir cincuenta codos sobre los montes más altos; los coches se paraban en el camino enfangado; las mulas se rehusaban á dar un paso, temerosas de vadear los enormes arroyos que se les interponían; no se veía gota, y los coches de la comitiva vinieron á quedar separados de manera que si en ese momento se hubieran presentado los chinacos, habrían hecho destrozos entre nosotros con la mayor facilidad...

Rolland no se separaba de nosotras, de la portezuela de nuestro carruaje; pero era sólo para darnos malas noticias:

— Se ha volcado el coche en que viene el señor conde del Valle.

— Ha quedado lastimado el doctor.

— Dos mulas más quedaron inútiles.

Ante aquellas noticias se sintió más excitada la Emperatriz.

— Yo monto á caballo, coronel; subís á las grupas de los caballos de vuestros soldados á las gentes de mi comitiva, y en paz.

— Señora... se atrevió á replicar el coronel.

— Nada; lo dicho dicho.

— No hay que tomar todavía esa resolución, señora; tiempo nos queda para ello si el camino se pone peor.

— No puede ser peor.

— Afortunadamente no ha sufrido nada el carruaje de Vuestra Majestad.

— Pero puede volcarse á la hora menos pensada.

— Entonces subiremos á caballo.

— Como queráis.

Viernes trece de Julio, á las dos de la tarde, llegamos á Veracruz; inmediatamente dispuso Su Majestad que nos embarcáramos. Las mismas autoridades que nos habían recibido á la llegada; los mismos fraques chafados y marchitos; los mismos curiosos burlones y la misma plebe guasona y de excelente humor nos despidieron como nos recibieron. La Emperatriz estaba de muy buen talante; todo le parecía bien, lo mismo las bajas adulaciones de Carrau, Bureau y demás *aus*, que la vista de la rada, que los trajes de las damas, que los encorvamientos de espina de los jefes franceses.

— Bonito traje, dijo á una señora que se mostró *des-tanteada* por lo extemporáneo del cumplido. Bonito traje, ¿y á cómo le costó la vara de esta tela?

— No le hemos olvidado, señor Bureau, y el Emperador le prepara una recompensa debida á los méritos de usted.

El prefecto se inclinó, y la Emperatriz le dijo cuando don Domingo balbuceaba un cumplido:

— ¿Y qué me dice usted de su gran amigo Santa-Anna? ¿Es cierto que está en tratos con él para entregarle el puerto?

Preparábase el cuitado Bureau á decir que no conocía ni había oído mentar jamás al señor de Santa-Anna, cuando don Tomás Marín se presentó avisando que estaba listo el bote que conduciría á Su Majestad al vapor en que había de embarcarse.

— Vamos, señores, dijo la soberana. ¿Está listo, señor conde? Doctor, don Joaquín, Ignacio... Ustedes conmigo, señora Ubiarco y señora Gutiérrez... Que llamen al señor del Barrio...

Relucía el mar con la reverberación del sol que le daba de lleno; los barcos distantes parecían haberse incrustado en los arrecifes y en el cielo azul, sin mancha de nubes; no soplaban ni la más leve ráfaga de viento; hacía un calor sofocante. La Emperatriz, roja como unas granas, se abanicaba sin descanso, cuando notó que venía hacia nosotros un gallardo botecillo que ostentaba el pabellón francés. Ya distinguíamos el rojo chillón, el azul provocativo y el blanco con el águila coronada, cuando la Emperatriz exclamó:

— ¿Eso es para mí?

— Sí, señora.

— Yo no entro allí.

— Señora... Vuestra Majestad...

— Marín, ¿cree usted que pueda subir en un barco con bandera francesa?

— Yo, señora... salvo el respeto que debo á Vuestra